

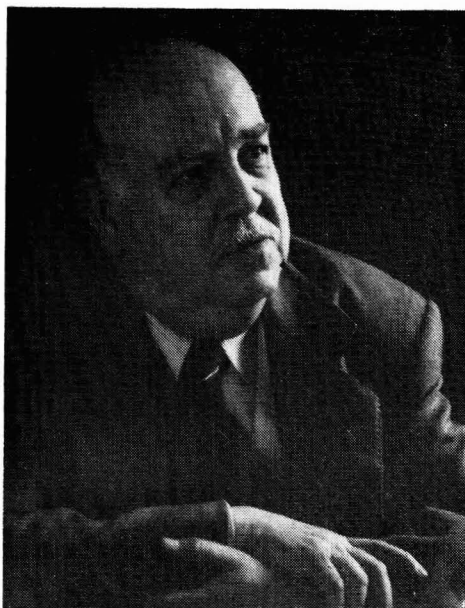
EL simple recuento de las obras literarias publicadas en el curso de un año induciría a creer que la suma de ellas es el paso preliminar para decidir del auge o del receso en que se hallan las letras de nuestro país. Sin embargo, aunque el número de títulos de autores nacionales se ha sostenido anualmente con nada pronunciadas fluctuaciones, esto no significa que su calidad —o las cualidades que nos hacen ponderar el trabajo de nuestros contemporáneos— se refleja de manera invariable y con similiar sentido. La producción desigual en los diversos géneros, las altas y las bajas que un mismo autor sufre en dos de sus obras temporalmente contiguas, la desproporción entre lo que sale de plumas noveles respecto de las de escritores de otras generaciones, la intención de un escritor que se afilia —no siempre con un propósito preconcebido— a una determinada corriente y otros supuestos no menos advertibles hacen que una novela, un libro de poemas o una pieza teatral sean apreciados con medidas no del todo justas. Por tanto, revisar el panorama de un año de literatura, cuando lo inmediato supone una rémora que al crítico no le es fácil dejar de lado, obliga a esforzarse por abordar el asunto con el menor cúmulo de prejuicios y con los mayores ánimos a fin de aplicar adjetivos que se correspondan con los libros considerados.

La cuestión se agrava si observamos previamente que 1954 no ha sido, en cuanto a méritos, pródigo en las letras y, por lo mismo, resulta doblemente embarazoso el espulgar con optimista fervor en la mayoría de los autores reseñados. Es evidente que sobre esa mayoría hay escritores que cumplen con acierto el propósito que su oficio persigue, pero a la vez no es descabellado presentir que, entre quienes a nuestro juicio hoy no han sobresalido, hay algunos que tarde o temprano serán algo más que las informes fichas aptas para enriquecer tal "mayoría".

Acaso los poetas fueron los que mayormente ayudaron a despejar la aridez y monotonía predominantes en nuestra literatura. A sus sorpresas, la prosa apenas respondió con libros menos logrados, y su calidad no siempre fue igualada por la novela, el teatro o la crítica. Los jóvenes, más inclinados al verso que a transmitir ideas, duplicaron sus emociones y dieron a las prensas una cantidad apreciable de volúmenes.

POESÍA

El desenvolvimiento de la personalidad lírica de Jaime Torres Bodet, desde un adolescente sentimentalismo hasta una firme sentimentalidad, ha cruzado por etapas en que las diferencias llegan en ocasiones a establecerse radicalmente. Torres Bodet cantó la alegría melancólica del campo y la tranquilidad de la casa, y al contacto de las "nuevas" escuelas poéticas descubrió temas donde lo mecánico entrega su óbolo a la par que el mundo vegetal. Su último libro, *Fronteras*, salta ahora por encima de su posición antecedente y, si bien continúa ciertas melodías soslayadas en libros anteriores, cifra sus características en la vinculación de las emociones a experiencias en que lo juvenil dejó el paso, definitivamente, a una despiadada revisión de la vida interior. Sin llegar a



Alfonso Reyes

Las LETRAS MEXICANAS

en

1954

Por ALÍ CHUMACERO

ser un "testamento", *Fronteras* marca, o debe marcar, el límite de la investigación expresiva. Tras de ese volumen, pasados los 50 de la edad, el poeta cruza la última puerta, reconoce su patrimonio y se dispone a manejar lo que la vida



Jaime Torres Bodet

le ha dejado. "El doble exilio", "Eternidad", "En la aduana", "Poesía", "Civilización", "La puerta", "Mar", "En una tumba de América", "Clínica" —poemas elegidos aquí por razones temáticas— no son sólo las páginas que todo escritor desearía escribir sino los testimonios que comprueban que un poema es, al mismo tiempo que una "cosa", un mundo en el cual descansa la imaginación. Las tentativas, los ensayos, los intentos, el riesgo de las búsquedas, encuentran al fin el campo en que han de ejercitarse. Esto, que se podría llamar "madurez", no es sino el ascenso a la última confidencia, la respuesta perentoria que a sí mismo, tarde o temprano, ha de darse el poeta.

Caso diferente es el de Octavio Paz. *Semillas para un himno* —concebido y resuelto de manera cercana a los procedimientos gratos al surrealismo— significa en su obra, a la vez que una aventura, un desacato contra la regularidad y, en cierta forma, contra el camino que hacía presumir la parte final de su último libro. Pero a un lector atento no escapará que, desde *Raíz del hombre* (1937), Octavio Paz ha cimentado el vigor de su trabajo en la eficacia de la imagen. Pocos como él consagran tal pasión a la furia, a la alucinación de los sentidos, a la fe en la palabra como medio de interrumpir el reposo de las cosas. Y la imagen, que en un principio fue metáfora o símil, en *Semillas para un himno* se convierte en todo un universo enmismado con la pereza del diario transcurrir. La técnica aplicada a la poesía se desvirtúa y pasa a ser, así, el descubrimiento de la poesía. Lo que era preocupación consciente por el buen cuidado del verso, por el adorno oportuno, se transforma en un brusco desplome del intelecto. La razón misma se enciende, la cordura pierde el equilibrio y el poema es, por convicción propia, un atentado contra la forma. Con tales armas, Octavio Paz irrumpe, sin dejar caer un solo momento su privilegiado júbilo por la belleza, en otro estadio de su poesía.

Lentamente, José Cárdenas Peña se evade de un mundo anegado en lo sentimental hacia la aprehensión del símbolo poético. *Retama del olvido* es, con mucho, una muestra que supera sus libros anteriores. Sobre todos, el poema que da nombre al volumen. Ahí el poeta deambula, elige el árido camino de la elegía de su propio paso, la contemplación del tiempo que fluye inútilmente pero del que no se siente ajeno y, en instantes, salva un poco de belleza, que es decir un poco de consuelo.

Es *Correo nocturno* el segundo grupo de poemas que ha publicado Jaime García Terrés. *El hermano menor* (1953) denotó la diversidad de temas que tentaban a su imaginación. En *Correo nocturno* ya descubre imágenes que desbordan el calor, la pasión y el espíritu intranquilo del verdadero poeta. Nada improvisado, García Terrés se aleja de la poesía fácil que se conforma con cantar la "belleza" del mundo, y se apresta a hurgar por cuenta propia en el misterio que encubre el acontecer diario de los hombres.

Todavía impreciso, sin apurar las múltiples influencias, el hispanomexicano Manuel Durán publicó la *Ciudad ascendida* en que campea un espíritu afín a las situaciones imprevistas y a las preferencias por formas líricas donde la libertad expresiva es paralela a un peculiar sentido de observación.

Tomás Díaz Bartleth reunió sus hasta ahora más logrados poemas en *Con displicencia de árbol. Canciones de ausencia* se llama un bello libro de Luis Rius. Por su parte, José Pascual Buxó hizo *Tiempo de soledad*. Vicente Magdaleno ensaya certeramente la ironía en *La semana ociosa*. Tufic Marón Rage comenzó con *Sombra en la sangre*, acompañado de breves glosas del poeta español Pedro Garfías. Versos y prosas poéticas son los *Días santos* de Héctor Azar. María Amparo Dávila ratifica sus aptitudes en *Perfil de soledades* y *Meditaciones a la orilla del sueño*. Otro tanto hicieron Concha Mojica en *Mirilla*, Juana Meléndez de Espinosa en *Río sin orillas*, y María Dolores Olivares en *Revelación*. Josette Simó reaparece con un sentido libro de *Sonetos*, y Margarita Michelena demuestra su personal sabor lírico en *La tristeza terrestre*. De A. Silva Villalobos leímos *Gajos de sombra*, que esboza laudables aciertos. Tres títulos —*Oculto voz, Anima Victrix, Sinfonía de la Revolución*— juntó en un solo volumen Felipe Sánchez de la Fuente. Pleno de sentimiento y de sensibilidad, Othón Lara Barba imprimió su *Blanco amor*. Poemas sociales forman el *Haz de palomas* de Horacio Espinosa Altamirano. Igualmente de protesta social es *Madre del hombre* de Hernán Laborde. *¡Tengo derecho a mi muerte!*, de Adolfo Anguiano Valdez, recoge versos revolucionarios. Salvador Cruz logra hermosos momentos en *Imagen de tu voz y otros poemas*. Crisanto Cuéllar escribió un *Canto lírico a Fernando Ramírez de Aguilar*, periodista desaparecido no hace muchos años. Los poemas provincianos de *Mi tierra bajo el sol* los escribió Tito Ortega. De José Luis González son *Los tres caminos del sueño*. Vicente Guerrero publicó *Por la Serna infinita*. Después de años de ausencia lírica. Fernando de la Llave retorna con *Esclava de los sueños*. Arcadio Noguera editó *Brújula de sueños*. Teorías avanzadas, en cuanto a la rima, aplica José Guillermo en *Versos al revés de un hombre derecho*. De Navidad, Ramón Gálvez regaló a sus amigos con *La niña Moratín*, y Herminio Ahumada con *Pax Animae*. Este último también imprimió *Sombra fiel*. Más volúmenes de poesía: *Visiones de Patmos*, de Samuel Aguilar Sarmiento; *Rimas eróticas*, de Luis Arvelais Pozos; *Décimas a Dios* (tercera edición), de Guadalupe Amor.



José Gaos

Tres antologías merecen recordarse: la que prologó Julio C. Treviño, *Antología de Mascarones*; la que, bajo el signo de la revista *Abside*, presentó a *Ocho poetas mexicanos*; y la que del corrido nacional preparó Vicente T. Mendoza. La primera fue organizada con poemas de alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad (entre otros, Jesús Arellano, Héctor Azar, Rosario Castellanos, Dolores Castro, Miguel Guardia, José P. Buxó, Margarita Paz Paredes, Luis Rius, César Rodríguez Chicharro, Jaime Sabines, Tomás Segovia y Celedonio Serrano Martínez), y la segunda —aparecida con fecha 1955— con composiciones de Alejandro Avilés, Roberto Cabral del Hoyo, Rosario Castellanos, Dolores Castro, Efrén Hernández, Honorato Ignacio Magaloni, Octavio Novarro y Javier Peñalosa. La última —*El corrido mexicano*— es una recopilación presentada con gusto y con orden literario.

Entre los extranjeros radicados en México, el mejor libro fue *U. Z. llama al espacio* del colombiano Germán Pardo García.

NOVELA, CUENTO, RELATO, RECUERDOS

La novela mexicana no se familiariza todavía con el empleo de técnicas avanzadas, provenientes por lo común de las literaturas de lengua inglesa. El procedimiento que suele adoptarse es el tradicional, consistente en no hacer violencia contra el tiempo ni cortar escenas en un punto para después, páginas adelante, volver sobre la acción. En *La cruz del Sureste*, en cambio, Alberto Bonifaz Nuño se arriesga a relatar distintos argumentos en varios planos, a interrumpir y a insertar capítulos, sin menoscabo de la unidad de la historia. Bien planeada, bien escrita, esta novela destaca entre las producidas durante el año.

A la vez que la literatura, Ramón Rubín se interesa por describir en sus textos la vida primitiva de las comunidades indígenas. *La bruma lo vuelve azul* es un relato anovelado que pone de manifiesto, al correr de la acción, las normas sociales persistentes en los grupos huicholes que habitan una vasta región del país. Escrita con efectividad, logra colmar sus propósitos.

Recuerdos de infancia ayudaron a Sergio Magaña a escribir *El molino de aire*, su primera novela. Bien contado, apoyándose sobre todo en el diálogo, el argumento asocia la sencillez y los buenos momentos. Alberto Quiroz, en *El pro-*

fesor *Mentholáthum*, recoge sus experiencias escolares y denuncia muchas de las aventuras en que tomó parte durante su infancia. Con seudónimo (Santos Caballero) y amenidad, Manuel Toussaint escribió *Las aventuras de Pipiolo en el bosque de Chapultepec*. Patricia Cox editó el *Batallón de San Patricio*, basada en acontecimientos de la invasión norteamericana que padecemos hace poco más de un siglo. Archibaldo Burns se inició con una bien desarrollada novela corta, *Fin...*, que anima a esperar de él la maduración de un escritor. Otra novela corta es *Lilus Kikus*, de Elena Poniatowska, muy celebrada por la crítica. Una historia sucedida en el trópico del Golfo de México publicó Manuel González Calzada con el título *42 grados a la sombra*. Miguel Ángel Cevallos, sin apartarse de sus reflexiones filosóficas, editó *Un hombre perdido en el universo*. La Revolución mexicana dió motivo a otra novela, *¡Canchola era de a caballo!* de José Valdovinos Garza. Novela breve, casi capítulo de memorias, es *Primavera muda* del hispanomexicano Tomás Segovia. Francisco L. Urquiza no olvidó sus temas predilectos en *Viva Madero*. María Luisa Ocampo, además de publicar con Salvador Ortiz Vidales una *Guía de bibliotecas en el Distrito Federal*, aumenta su bibliografía con *Ha muerto el Dr. Benavides*. Rodolfo Benavides recreó las memorias de un espíritu en *Rumbos humanos*. Relatos novelescos hay en *La barca de oro* de Guillermo Heimpe. Se dió a conocer el *Sarape blanco* de Ralph Bell, y Erasmo Ancira publicó *Chóquim com-a-mújic, el tumbador de estrellas*. Hermosa es la edición de *Doña Bárbara*, del venezolano Rómulo Gallegos, editada en México en ocasión de los 25 años del libro y de los 70 de su autor. La más notable novela de escritor español en México es *Las buenas intenciones* de Max Aub.

De *Los días enmascarados* de Carlos Fuentes se dijo y escribió más que de los otros libros en prosa. Aficionados y profesionales de las letras emitieron opiniones sobre este joven escritor. Sus cuentos fueron comentados con la misma pasión que si se tratara de una obra de didáctica literaria o de desatinos políticos. Aunque todos concuerdan en "lo bien escrito", los desidentes han exigido al autor el abandono de lo que es, por definición, la tendencia que él pre-



Angel María Garibay



Justino Fernández

fiere: la de la fantasía, que se solaza en hermanar realidad e imaginación, con detrimento de la responsabilidad del literato ante la sociedad. El que el primer libro de un joven haya suscitado tanta curiosidad revela que se trata de un verdadero escritor. Para mí, la debilidad de *Los días enmascarados* subsiste precisamente en eso que su título descubre. Frente a los hechos que relata, hay demasiada "inteligencia", apoyada en la precisión y en la abundancia de lugares poco comunes. Pero, a la vez, sus páginas comprueban la auténtica voluntad de quien hurga en el secreto literario de los acontecimientos que preocupan su pluma. La claridad de las influencias, imperiosas en todo autor reciente, dejará franco el paso al resuelto escritor que ya empieza a ser Carlos Fuentes.

En *El ardiente verano*, Mauricio Magdaleno recoge algunos cuentos escritos en otras épocas, donde reelabora temas del bajo mundo de nuestra sociedad, lo mismo de la capital que de provincias. Magdaleno los sabe contar con sabor literario. Acaso el último de ellos, *Viernes Santo en Ixtapalapa*, sea el que mayormente justifique la publicación de *El verano ardiente*.

A la invención, Emmanuel Carballo agrega la ironía y, cuando es oportuno, cierto espíritu rebelde que presta el singular tono de su *Gran estorbo la esperanza*. La brevedad de *Las ratas y otros cuentos*, de Guadalupe Dueñas, no impide decir que la autora dispone del sentido orientador que la hace entrar diestramente en el tipo de relato que ha preferido. Verna Carleton de Millán publicó páginas de interés bajo el título *La mujer que quiso ser infiel*. Los *Cuentos de indios* de Ramón Rubín se unieron por la semejanza de los temas ahí desarrollados. Nos sorprendió Ermilo Abreu Gómez con su *San Francisco*, escenas a las que no es ajeno lo puramente lírico. Mientras Artemio de Valle Arizpe hacía la segunda edición de *Por la vieja calzada de Tlacopan* y publicaba sus *Papeles amarillos*, Ángel Bassols Batalla, para finalizar el año, terminó con unos *Relatos mexicanos*. Con una advertencia de José Vasconcelos, se hizo la reedición de los *Cuentos macabros* de Alejandro Cuevas. Hondura psicológica hay en *El foso* de F. A. Marín. Genaro Alamilla A. hizo públicas unas *Cartas a mi sobrino seminarista*. *Maravillas de un colmenar* es un cuento infantil de Blanca Lydia Trejo. En *Almas atormentadas*, Marín Ramos Contreras concilió su novelas psicológicas. De Elías Kesselbrenner se dió a conocer la serie *El pingü en el trópico*. El peruano Manuel Mejía Valera juntó cuentos, pensados con malicia, en *La evasión*. Finalmente, el español Ismael Diego Pérez, después de redactar un *Cantinflas, genio del humor y del absurdo*, publicó *Narraciones y leyendas*, y Max Aub nos dió textos de buen sabor lírico en *Algunas prosas*.

Otros libros de ficción, más o menos cercanos a la realidad, son *La tierra sin Dios* de Concha Villarreal. *Los alambrados*, de Luis Córdoba, a quien inspiró la emigración de los campesinos mexicanos a los Estados Unidos. *Juan Cercas* de Juan Becerra González. *Sola* de María José de Chopitea, y *Sala de espera*, amenas escenas nacidas de la práctica de la oftalmología, ciencia de que es profesional Teódulo Manuel Agundis.

Alfonso Reyes hizo un pequeño volumen con el principio de sus memorias,



Octavio Paz



Max Aub



Carlos Fuentes

un primer capítulo de evocación familiar que permite a su magnífica prosa reconstruir amorosamente los orígenes del escritor en la provincia natal. Los recuerdos remotos, aquellos que podrían parecer casi impersonales pues son comunes a todas las infancias, cobran en Reyes el rigor de la precisión y se alzan, como todo lo que esa pluma toca, a la mayor dignidad literaria. *Parentalia* se llama el libro, y es ya un prometedor esbozo de lo que será una obra fundamental entre las muchas que ha escrito el ilustre polígrafo.

Apareció la segunda edición de un hermoso libro, *Un niño en la Revolución mexicana*, de Andrés Iduarte. Guillermo Contreras se refirió a *Silvestre Revueltas, genio atormentado*. José Juan Tablada en la intimidad, de Nina Cabrera de Tablada, nos da una imagen del creador del jaikái en México. La biografía *Gabriel Leyva Lozano* la escribió Ernesto Higuera. Ermilo Abreu Gómez rememora afanes infantiles en el tomo inicial de su autobiografía titulado *La del alba sería...*, con prólogo del chileno Ricardo A. Latcham. Realidades y deseos que nada tienen que ver con la infancia conformaron el libro *Guatemala, genio y figura*, de Fedro Guillén. De José Antonio Saldívar F. son las semblanzas y anécdotas de Chapingo: *Siete veranos entre paréntesis*. El *Lázaro Cárdenas* de William C. Townsend, biografía de intenciones progresistas, fue traducido al español. Diego Córdoba ordenó un *Miranda, soldado del infortunio*, además de publicar anteriormente una *Presencia y poemas de Juana de Ibarbouro*, y Mateo Hernández Barroso recordó anécdotas e historia de Madrid en *El oso y el madroño*.

TEATRO

Pocas obras de autores nacionales fueron llevadas a escena y menos aún se editaron. De *El solterón*, de Xavier Villaurrutia —que no fue incluido en su *Poesía y teatro completos*—, se hizo una edición correcta. Rafael Solana publicó, *Las islas de oro*. La consabida sapiencia literaria de Juan José Arreola renace en *La hora de todos*, un acto no exento de crítica social. *Las cosas simples* es una prometedora obra de Héctor Mendoza. Sergio Magaña reaparece, aprovechando un tema de importancia nacional e histórica, escribió su *Moctezuma II*. Fue editada en revista y puesta en escena la *Escuela de cortesanos* de Wilberto Cantón. Alfredo Pereña hizo una comedia en tres actos: *La escoba verde*. De regreso a la literatura, esta vez con una obra teatral, Bernardo J. Gastélum publicó una pieza en tres actos: *Castillos en el aire*. El español Sindulfo de la Fuente aprovechó los años que vivió en Madrid para revivirlos en *El Ruedo de Calatrava*. Una paráfrasis de *Macbeth* o *el asesino del sueño*, anteriormente llevada a escena, nos dió en 1954 el poeta León Felipe. Del teatro traducido, nada igualó a *Ana "la Valor"*, del alemán Bertolt Brecht.

En 1954 se llevaron al cabo, nutridamente, los primeros concursos de autores y de grupos teatrales del Distrito Federal y de provincias, bajo el patrocinio del Instituto Nacional de Bellas Artes. En el primero, la mejor obra fué *Después, nada* de Carlos Ancira, y obtuvieron merecida mención *Los años de prueba* de María Luisa Algarra y *El juicio* de Alfredo Pacheco Buenrostro. En

el concurso de provincias, al que concurrió la mayoría de la Federación, resultaron premiados; Héctor González Morales, de Saltillo, Coah., por la dirección de *La mujer legítima* de Xavier Villaurrutia; Jorge Villaseñor como autor, con *Una mujer para la lluvia*; como grupo teatral, el Círculo Artístico Literario de Martínez de la Torre, Ver., dirigido por Nemesio de la Torre, con la obra *Bajo la luz de las estrellas*; Lourdes Valdés, de Saltillo, Coah., como la mejor primera actriz (en la *Sara de La mujer legítima* dirigida por González Morales); Salvador Domínguez, del estado de Veracruz, como primer actor (en el *Carlos de Dos boletos para México*).

Luis G. Basurto y Carlos Solórzano estrenaron obras. El primero, la pieza teatral *Toda una dama*, y el segundo *El hechicero*. El Teatro Universitario obtuvo dos éxitos con *Seis personajes en busca de autor* de Luigi Pirandello, y *Edipo* de Sófocles. Se repuso *La careta de cristal* de Francisco Monterde. El premio que anualmente otorga el diario *El Nacional*, correspondiente a 1953, se entregó a Luisa Josefina Hernández, por *Botica Modelo* que también fué llevada a escena. Otros estrenos dignos de atención: *La casa sin ventanas* de Julio Guzmán, *Luces del crucero* de Blanca de Retana, *La Moñitos* de Chouchette Torres, *La ilustre cuna* y *Debiera haber obispos* de Rafael Solana, *Susana y los jóvenes* de Jorge Ibargüengoitia, *Frontera junto al mar* —escenificación de la novela con el mismo título— de José Mancisidor, *El hacedor de dioses* —basado en un cuento de Francisco Rojas González— de Barbachano Ponce.

Es de notarse el empeño que una casa editorial ha puesto en imprimir libros didácticos relacionados con las artes teatrales. El estudiante no sólo confiará en las lecciones del maestro sino que tendrá la oportunidad de conocer directamente lo que se ha hecho o se hace en el extranjero. Finalmente, digamos que Armando de María y Campos, crítico de esta clase de actividades, editó *La Virgen frente a las candilejas* o *El teatro guadalupano*, y sus crónicas periodísticas —de 1946 a 1950— en *El teatro está siempre en crisis*...

BIBLIOGRAFIA, CRITICA

Por razones tipográficas y bibliográficas, fue un acontecimiento la reedición de la *Bibliografía mexicana del siglo XVI* de Joaquín García Icazbalceta, notablemente enriquecida por Agustín Millares Carlo. La primera edición (1886) es, por su rareza y composición, una joya de nuestra bibliografía. Icazbalceta describió en ella 118 impresos, número que Millares Carlo —aprovechando investigaciones propias y de otros estudiosos— hace ascender a 180. Además, Millares Carlo completa el enorme acervo de datos que acerca de la imprenta en México empezó a reunir Icazbalceta a partir del año 1846. Con este volumen, el Fondo de Cultura Económica celebró los primeros 20 años de su fundación y quiso así rendir homenaje a la imprenta mexicana.

Ni crítica ni biografía escueta hace Alfonso Reyes en su *Trayectoria de Goethe*. No presenta tampoco un Goethe abstracto, ajeno al mundo de su tiempo y, de otra parte, sus propósitos también desdennan esa tendencia que, por desquite, lleva a los críticos a "humanizar" de

BIBLIOGRAFIA MEXICANA DEL SIGLO XVI

CATÁLOGO RAZONADO DE LIBROS IMPRESOS EN MÉXICO
DE 1539 A 1600.

Con biografías de autores y otras ilustraciones.

PRECEDIDO DE UNA NOTICIA
ACERCA DE LA INTRODUCCIÓN DE LA IMPRENTA EN MÉXICO

por
JOAQUÍN GARCÍA ICÁZBALCETA

NUOVA EDICIÓN, POR
AGUSTÍN MILLARES CARLO



MEXICO
FONDO DE CULTURA ECONOMICA
1954

tal modo al autor del *Fausto*, que en fin de cuentas conciben una imagen sospechosa de fidelidad a la persona y a sus costumbres. Como "Goethe era un poeta de la experiencia inmediata", Reyes prefirió seguir sus pasos, en la vida y en la obra, y encontrar el justo medio en que el escritor de su tiempo es, paralelamente, el hombre afín a su época. Otros libros de Alfonso Reyes fueron las reediciones de *El suicida* y *El cazador*, y la aparición de la segunda serie de *Marginalia*.

Con el segundo tomo de la *Historia de la poesía náhuatl*, Angel María Garibay K. —ingresado en 1954 en la Academia Mexicana de la Lengua— termina la publicación de esa extraordinaria obra. En algunos aspectos, es un libro fundamental que viene a dar por terminada la latente discusión acerca de la existencia o no existencia de nuestra literatura precortesiana.

Con oportunidad del centenario del Himno Nacional mexicano, Joaquín An-

tonio Peñalosa recogió la obra completa del autor en *Francisco González Bocanegra, su vida y su obra*, y la precedió de un estudio que ordena los datos conocidos y agrega los que habían permanecido furtivamente en la tradición familiar del poeta. Además de publicar su discurso de entrada en la Academia Mexicana de la Lengua, Alfonso Méndez Plancarte revaloró acuciosamente a *Salvador Díaz Mirón, poeta y artífice*. Con el título *Alfonso Reyes*, nuestro máximo escritor fue motivo de un estudio de parte de Luis Garrido. Los variados aspectos de la obra de Reyes son considerados ahí con juicio e información. Algo de teoría literaria y de ensayo crítico contiene la *Teoría de la palabra* de José López Bermúdez. Notas bibliográficas y observaciones relativas a las letras reúne Manuel González Calzada en *Hombres y libros*. La tercera serie de ensayos de *Ondas cortas* es de Eduardo Luquín. Preparados por Andrés Henestrosa, aparecieron dos folletos: *Del movimiento literario en México* de Pedro Santacilia, y el *Album fotográfico* de Hilarión Frias y Soto. La primera y única edición anterior de la reseña de Santacilia es de 1868; el *Album fotográfico* está tomado del periódico *La Orquesta*, asimismo del año 1868. Leonardo Pasquel compiló, prologó y comentó las dispersas *Prosas* de Salvador Díaz Mirón. Como tesis para recibir el grado de maestra en artes en español —en la Escuela de Verano de nuestra Universidad—, Carrie Odell Muntz publicó, en reducida edición, *Luis G. Urbina, cronista*. A la vez hizo una cuidadosa selección de las *Crónicas cromáticas* que ese ilustre poeta mexicano entregaba periódicamente al diario *El Universal*, de 1924 a 1930. En esta selección, Carrie Odell Muntz incluye una crónica que Urbina escribió a propósito de *Las calles de México* de Luis González Obregón. Es uno de los pocos textos en que el autor habla de su origen humilde, que no siempre gustaba de reconocer. Martín Luis Guzmán publicó su discurso de entrada en la Academia Mexicana de la lengua: *Apunte para una personalidad*. *Salvador Díaz Mirón no fue un asesino* es un alegato de Gabriel Cházaro. *Radiografía y disección de Salvador Díaz Mirón* lo escribió José Carrillo. Otra tesis —de maestra en letras— son *Las heroínas de la novela mexicana del siglo XIX* de Teresa Rulfo y de Rosenzweig. Comprende desde los personajes de Fernández de Lizardi hasta los de Mariano Azuela. Jesús Zavala prologó y anotó *Poesía, teatro, prosa, epistolario* desconocidos de Manuel José Othón. Se reeditó —en la Biblioteca del Estudiante Universitario—, con introducción de Francisco Monterde, *Grandeza mexicana y fragmentos del Siglo de Oro* y el *Bernardo* de Bernardo de Balbuena. María Edmée Álvarez mostró *la lengua española a través de selectos autores mexicanos*. El problema de *El libro y la difusión cultural en México* fue tratado por Joaquín Almendros Jiménez con suficiente conocimiento de causa. Carlos Blanco Aguinaga preparó un pormenorizado e inteligente estudio sobre *Unamuno, teórico del lenguaje*. En su *Breve historia del modernismo*, editada en México, el dominicano Max Henríquez Ureña se refiere con abundancia a los antecedentes y al florecimiento de esa escuela literaria en nuestro país. Con lógica e información, el argentino Enri-



Mauricio Magdaleno

que Anderson Imbert, en su *Historia de la literatura hispanoamericana*, incluye las letras mexicanas desde sus orígenes hasta los momentos actuales. Se imprimió una segunda edición de un importante libro, *Las corrientes literarias en la América hispánica*, de Pedro Henríquez Ureña. Otro volumen de Max Aub fue *La poesía española contemporánea*, redactada con juicios que no son los que comúnmente se aceptan acerca de los poetas de las generaciones maduras en la Península.

Entre los escasos libros dedicados a las artes plásticas, señalaremos cuatro, que salvan airoosamente esa especialidad durante el año: *Coatlícue* de Justino Fernández, *La catedral y las iglesias de Puebla* de Manuel Toussaint, *La arquitectura de México en el siglo XVI* de Pablo C. de Gante, y *El grabado en madera de Paul Westheim*. Este último dedica dos capítulos a estudiar el grabado en México y las técnicas de estampado precortesiano.

Admirable por su información, por el orden como fue concebido y por la amenidad con que está escrito es el vasto estudio *La música en la cultura griega*, de Adolfo Salazar.

HISTORIA

Como es costumbre, la historia aportó numerosos títulos en todos los órdenes. Sólo enumeraré los sobresalientes. Con prólogo y notas de Manuel González Ramírez se juntaron los principales *Planes políticos y otros documentos* de la Revolución mexicana. Un *Anecdotario de la Revolución* publicó Justino N. Palomares. Tiempos pasados recordó J. Andrés Lara en *Prisionero de callistas y cristeros*. Nuevamente, Eulalia Guzmán retorna al tema que ha colmado sus satisfacciones antropológicas e históricas al reunir *Pruebas y dictámenes sobre la autenticidad de los restos de Cuauhtémoc*. Un análisis de las ideas que se movían en torno a la Independencia mexicana constituyen las *Imágenes históricas de Hidalgo*, de Juan Hernández Luna. Con el nombre general *Figuras y Episodios de la Historia de México*, Alfonso Trueba Urbina escribió sobre muchos temas: Hernán Cortés, los jesuitas, Gastón de Raousset, etc. Pablo C. Moreno nos dió una *Galería Heroica de México*. Con prólogo de Guillermo Ibarra, Jesús Romero Flores publicó *México, historia de una gran ciudad*. Leopoldo Lara Torres se arriesga a dar a conocer importantes *Documentos para la historia de la persecución religiosa en México*. De Ramón Mendoza Medina es *Contorno de la historia de Yucatán*. Se imprimió una edición de *Así fue Juárez*, de Pablo Prida Santacilia. Alfonso Caso hizo una *Interpretación del Códice Gómez de Orozco*. Apareció una interesante *Crónica de la aventura de Rousset-Boulbon en Sonora*, por Horacio Sobarzo. La importante Biblioteca Jalisciense sólo editó un libro, correspondiente al número 12 de la colección: *Hidalgo, el joven teólogo; Anales de la vida del Padre de la Patria*, de Agustín Rivera. La historia, la sociología y la filosofía se dan la mano en *La génesis de la conciencia liberal en México*, de Francisco López Cámara, que hace el análisis de las ideas corrientes durante la época de nuestra Independencia. *Don Melchor Ocampo, reformador de México* es un documentado estudio de José C. Valadés. Hasta el año 1946 se extien-

de el *Compendio de historia de México* de José Bravo Ugarte. El destino y la historia de Luis Terrazas es el tema de... y *México se refugió en el desierto* de José Fuentes Mares.

Más libros de historia y de ciencias afines: Fray Juan José de la Cruz y Moya, *Historia de la santa y apostólica provincia de Predicadores de México en la Nueva España*, con introducción de Gabriel Saldívar. Segunda edición de las *Crónicas de Michoacán*—para la Biblioteca del Estudiante Universitario—, con estudio preliminar de Federico Gómez de Orozco. Segunda edición de las *Relaciones históricas* de Carlos Sigüenza y Góngora—también para la Biblioteca del Estudian-



Héctor Mendoza



Emilio Obregón

(Fotografías de Ricardo Salazar)

te Universitario—, con prólogo de Manuel Romero de Terreros. Pedro de Alvarado, *Relación hecha a Hernando Cortés, en que se refiere las guerras y batallas para pacificar las provincias del antiguo reino de Goathemala*. Se hizo una edición de la *Historia antigua y de las culturas aborígenes de México*, de Manuel Orozco y Berra. La cultura y la historia prehispánicas de una región mexicana, *La Mixteca*, fueron excelentemente estudiadas por Barbro Dahlgren de Jordán. De Justo Sierra O'Reilly, Marte R. Gómez prologó el *Segundo libro del Diario de mi viaje a los Estados Unidos (La pretendida cesión de la península de Yucatán a un gobierno extranjero)*. La organiza-

ción gremial en la Nueva España, de 1521 a 1861, es estudiada con acopio de documentos por Manuel Carrera Stampa en *Los gremios mexicanos*. Esta notable monografía está prologada por el sabio español Rafael Altamira.

FILOSOFIA, OTROS LIBROS

Las ideas siguen siendo en México asunto de profesores, cuando no empeño de impreparados. La falta de estudios sistemáticos da oportunidad de emitir opiniones—en mesas redondas y conferencias—acerca de temas cuya discusión, se supone, debería fundamentarse en conocimientos menos superficiales. Marxistas y existencialistas, que en nuestro país no se han puesto de acuerdo en nada, son quienes mejor pasión ponen en polemizar por medio de la prensa o en discutir en la tribuna, mientras los profesores se alejan a la grata compañía que les depara el aula universitaria. El existencialismo, que debería ser una actitud, se convierte entre nosotros en un sistema de fórmulas aplicables a cualquier cuestión de índole cultural, y las ideas de Jean-Paul Sartre a que se ha acogido la mayoría de la juventud sostienen y dan pábulo a muchas de sus intervenciones públicas. Algo es, sin embargo, que hoy los jóvenes defiendan con ideas lo que, tarde o temprano, demostrarán con su obra literaria.

La Universidad, por supuesto, es el núcleo casi único donde se cultiva la filosofía. Uno de sus profesores más ilustres, José Gaos, abandona provisionalmente la cátedra para organizar libros que mucho nos enseñan acerca de la situación de las ideas en nuestro país. El año 1954, publicó la *Filosofía mexicana de nuestros días*, serie de ensayos en torno de libros y personalidades de los últimos lustros. Otro libro sencillo, orientador, es el del norteamericano Patrick Romanell, *La formación de la mentalidad mexicana (1910-1950)*. David N. Arce medita *Sobre lo existencial y otros ismos*. De Luis Abad Carretero, tuvimos *Una filosofía del instante*, en que discute temas fundamentales de la época contemporánea. De Luis M. Altamirano, en otras tendencias, se editaron *Panegíricos y sermones*, y Antonio Gómez Robledo dió a conocer su traducción de la *Ética nicomaquea* de Aristóteles, a la que puso un amplio prólogo que es una maciza introducción a algunas de las ideas aristotélicas. En esta sección de filosofía, cabrían también algunos libros reseñados arriba. Por ejemplo: *La génesis de la conciencia liberal en México* de López Cámara, y las *Imágenes históricas de Hidalgo* de Hernández Luna.

Con datos desconocidos, Francisco Cuevas Cancino abordó un tema de singular interés para Hispanoamérica en *Roosevelt y la Buena Vecindad*. Varios autores se juntaron (Arturo García Formentí, Mauricio Magdaleno, Salvador Azuela, Pedro de Alba, Miguel Álvarez Acosta, Luis Noyola Vázquez, Alejandro Quijano, Esteban Baca Calderón, etc.) en *El Evangelio de la Patria. La industrialización de México* atrajo a Manuel Germán Parra. Guillermo Ibarra publicó un discurso, *Dos revoluciones: dos constituciones*. Del ex Presidente de Guatemala Juan José Arévalo se reimprimió en México un acusador estudio, *Guatemala, la Democracia y el Imperio*, en que hace consideraciones sobre la "mala vecindad", determinante en la caída del Gobierno progresista de su país. Temas parecidos son los de *Auscultación hispanoamericana*

del costarricense Vicente Sáenz. Rómulo Gallegos reunió en volumen un grupo de sus prosas dispersas, con el título *Una posición en la vida*. El literato Rómulo Gallegos demuestra aquí sus convicciones y sus experiencias en la lucha política.

NOTICIAS VARIAS

El año estuvo nutrido de conferencias sobre temas culturales. Jaime Torres Bodet disertó en El Colegio Nacional acerca de Stendhal, Dostoievski y Pérez Galdós. La Universidad preparó un ciclo con el título general Los Grandes Temas de Nuestro Tiempo. Tomaron parte, entre otros, José Gaos, Octavio Paz, Wenceslao Roces, Pablo González Casanova, Alberto Barajas, José Pascual del Roncal, Carlos Graeff... La Universidad también, en el aula mayor de El Colegio de

México, ofreció otra serie sobre la literatura fantástica en la Argentina, con Juan José Arreola, Emma Susana Speratti Piñero y Ana María Barrenechea. Con motivo de la sexta feria del libro, Alfonso Reyes inició —hablando acerca de Juan Ruiz de Alarcón— otro ciclo de conferencias, que remató José Luis Martínez con un texto sobre Fernández de Lizardi.

En los diarios, Rosa Castro y Elena Poniatowska publicaron entrevistas con escritores. Grandes fiestas se celebraron por los 70 años de León Felipe y de Rómulo Gallegos. La *Nueva Revista de Filología Hispánica*, que publica El Colegio de México, recordó —con un número especial— la memoria de Amado Alonso, que fuera director de esa publicación. En su librería, Emilio Obregón organizó periódicamente cocteles en honor de escritores, por distintos motivos: la aparición de un libro, un ingreso en

la Academia Mexicana de la Lengua, la visita al país de un escritor extranjero, etc. Finalmente, señalemos una película cinematográfica, *Raíces*, que basa sus temas en cuentos tomados de *El diosero* de Francisco Rojas González.

Tal es el resumen, a muy grandes rasgos, de lo que se hizo en la cultura mexicana durante 1954. Podría hablar de las revistas —casi todas en manos juveniles—; de las discusiones a *soto voce* a que dieron motivo tanto los conceptos revaloradores que Emmanuel Carballo escribió en el diario *Novedades* como los artículos periodísticos y las conferencias de Octavio Paz; de los comentarios acalorados de uno y otro bando; el que postula un arte “al servicio de” y el que lucha por la “libertad” del artista. Porque de todo hubo. Pero el temor de agregar lo prolijo a lo somero de esta reseña me induce a preferir el punto final.

(Viene de la pág. 2)

Insularidad.

Circunstancias y hechos diversos, que no hemos sabido o no hemos podido conjurar, han llevado a nuestra literatura a una situación de insularidad, de aislamiento en el concierto universal de la cultura, incompatible con el desarrollo y la madurez que ambicionamos. En primer lugar, debe mencionarse una circunstancia puramente externa a las letras, y de orden político y económico, que ha contribuido a crear esta situación. Recibe el nombre de “barreras aduanales”, las que si bien están encaminadas a proteger aspectos fundamentales de nuestra economía, redundan en perjuicio de nuestra cultura. Salvo contadas excepciones, no podemos vender, sin riesgo de pérdida, nuestros libros a los países extranjeros —que necesitan divisas disponibles de dólares para poder pagarnos—, y sólo podemos comprar libros extranjeros si dejamos salir nuestros pocos dólares y pagamos altos impuestos y comisiones a los distribuidores y libreros. Con esto protegemos indudablemente nuestra propia industria editorial y de paso nuestra economía general. Pero el hecho es que, además de recibir el daño de estas coacciones externas, por propia iniciativa, cerramos aún más nuestro mundo con un violento afán nacionalista, con un ciego orgullo que nos lleva a proclamar, en todos los tonos y en todos los órdenes, la supremacía de lo nuestro, y aun nos induce a desestimar cualquier juicio externo que contradiga nuestra exaltada patriotería.

Hemos llegado así a la organización de un pequeño universo privado que, para nuestra república de las letras y las artes, cuenta con sus propios mitos, con su propia tabla de valores y de rangos, a los que no

LEALTAD A LA TRADICION

dudamos, incluso, en darles un alcance universal. Hemos renunciado pues, fatal y voluntariamente, a una circulación universal, con sus riesgos y sus consecuencias, porque sentimos que es más cómodo ser nosotros nuestros propios jueces y porque nos bastamos a nosotros mismos. Pero ocurre, un día u otro, que de fuera nos llegan voces tan disonantes como autorizadas, que descubren nuestro error y echan por tierra nuestros queridos mitos. Y ocurre también que los valores que hemos declarado universales sólo lo son para nuestro cerrado universo, pues todos, fuera de nosotros, los ignoran.

Padece ciertamente nuestro orgullo siempre que incursionamos fuera de nuestra corte; de ahí que me parezca tarea imprescindible e inmediata la de procurar tanto esa confrontación de nuestras obras con las de la comunidad universal a la que pertenecemos, como en general el restablecimiento de una doble corriente, hacia fuera y hacia dentro, de nuestra cultura.

No es ésta la ocasión para analizar con detenimiento y profundidad la cuestión relativa a si es un hecho o no que nuestra cultura, y en especial la literatura, haya alcanzado ya una autonomía, una plenitud y una madurez. La impresión de muchos, que comparto, es de que estamos justamente en el umbral de esa madurez, y con ello basta para el presente objeto. Pues bien: si esa madurez o principio de madurez existe, una de las principales pruebas que su verificación nos exige es la de someter nuestras creacio-

nes a una circulación universal, tan amplia y generosa como sea posible. Necesitamos esforzarnos porque nuestras obras se prueben en el juicio del mundo, y no sólo en el nuestro, complaciente y prevenido; y correlativamente, es preciso que perdamos de una vez por todas el miedo a disolvernos —a disolver nuestra nacionalidad cultural— si aceptamos una robusta circulación universal en nuestros intereses intelectuales y en nuestras propias conciencias, que al fin, su madurez misma los llevará a asimilar los jugos que les sean provechosos y puedan fecundarlos, y a expulsar los que fueren dañinos para su peculiar economía interna.

No es extraño a la furia nacionalista que padecemos el afán desmedido, que periódicamente nos ha aquejado, de extranjerizarnos. El curso de nuestra historia cultural independiente, es un flujo y reflujo entre el impulso nacionalista y el extranjerizante o cosmopolita. Y el reciente impacto de la Revolución fué precisamente, en este aspecto, una profunda afirmación nacional en contra de lo que nos era ajeno y postizo. Nada más saludable que este volver siempre a nuestras propias fuentes y afirmarnos en nuestras propias raíces, a condición de que no perdamos, por ello, el sentido de la realidad que nos trasciende y a condición también de que no nos arrastre a los extremos perniciosos de un aislacionismo. Justamente, uno de los más seguros signos de nuestra madurez será el perder de una vez por todas el miedo o la insensata devoción por lo extranjero. La salud y la fortaleza de nuestra cultura vendrá tanto de la profundidad de nuestras raíces como de la altura y de la amplitud de las frondas, abiertas para todos los aires del mundo.